

LA PATRIA NUEVA EN EL IDEARIO DE ABRAHAM VALDELOMAR

Mónica Junchaya Paredes
Universidad de Piura
monicajunchaya@gmail.com

*Vosotros conocéis sin duda
a un Valdelomar, a otro Valdelomar, a
un sujeto de leyenda. Muchas de las
personas aquí presentes, me conocen,
sin duda alguna, pero me conocen mal.*
(Abraham Valdelomar)

Valdelomar es uno de los escritores peruanos que más aristas presenta cuando se pretende abordar su obra. Uno de los aspectos menos conocidos de él es su faceta de conferencista itinerante, que nos acerca un poco más a la figura de un hombre que, como bien afirmaría Javier Cheesman (1973), “por primera vez en esta nación, emprendía la audaz

aventura de recorrer la mayor parte de nuestras provincias” (p. 10). Es el patriota que proclamó, en el norte y en el sur del Perú, su mensaje de una *patria nueva*, más fuerte y vigorosa; el autodidacta que, en sus discursos, declaraba que “no se puede hacer patria sin ciudadanos, y no puede haber ciudadanos sin educación” (como se cita en Ángeles, 1985, p. 162). Y es que Valdelomar parecía estar destinado a esa misión, como proféticamente lo señalara Manuel Beltroy y resaltaría después el profesor Zena Elías (1957):

Habrás de cantar tu tierra y tu pueblo, la hermosura de sus campos y de sus playas, los trabajos y alegrías y pesares de sus gentes [...]. Habrás de cantar también lo que está fuera de tu tierra y más allá de tu grey, pastor de montes, cantarás la belleza, el placer y el dolor del universo (s.p.).¹

En la época en la que algunos intelectuales insistían en que debía promoverse “la formación moral y consolidar una élite dirigente con valores humanistas” (Contreras y Cueto 2017, p. 235) prescindiendo del papel de los indígenas, y otros apostaban por el gobierno de la oligarquía para superar la fragmentación social y racial del país, Valdelomar estaba convencido de que la educación, la difusión de la cultura y el trabajo forjarían un mejor porvenir para el Perú. Aunque firmaba usando el seudónimo del “Conde de Lemos” –lo que aparentemente encierra una contradicción–, “su seudónimo y algunas de sus actitudes aristocráticas no nos deben llevar a una falsa conclusión” (Cheesman, 1973, p. 10).

A un mes, exactamente, de conmemorarse el primer centenario de su fallecimiento, gran parte de sus disertaciones continúan gozando de tanta actualidad que podríamos asegurar que los temas nacionales por los que él se preocupaba siguen vigentes; porque cien años no han sido suficientes para saldar las asignaturas pendientes del pasado. Camino al bicentenario peruano, se hace más necesaria que nunca la participación de todos los que aquí vivimos, aplicar el juego social de suma positiva del que hablaba el filósofo español Leonardo Polo (1998), “en el que todos juegan y todos ganan” (p. 143), sin que nadie quede postergado ni excluido, ni considere que su trabajo es insuficiente. Reconociéndonos, así como parte de una comunidad más grande que aquellas que fijan,

¹ La conferencia del profesor Zena Elías (1957) se enmarcó en un ciclo de charlas culturales-radiales organizadas por la institución educativa San Luis Gonzaga de Ica.

artificialmente, las fronteras; ya que como lo diría el propio Valdelomar en Arequipa, ante un grupo de obreros e intelectuales:

En el surco o en la oficina, en el taller o en la academia, en la fragua o en el libro, con el verso y con la lampa, con músculo y con la idea, todos somos obreros y todos somos hermanos y nadie es superior a nadie sobre la tierra. Hoy solo existe una aristocracia, esa es la de los propios méritos, la de las propias virtudes, la del estudio y el trabajo (en Ángeles, 1985, p. 171).

Valdelomar es todavía un autor con mucha vigencia; aún nos falta profundizar con seriedad en el estudio de su personalidad y rescatar el mensaje contenido en su obra, porque es innegable que Valdelomar es un escritor del que se habla mucho, pero del que cada vez se sabe menos.

Probablemente, sea más emocionante y atractivo el personaje que representó en los escenarios del Palais Concert o del parque Neptuno, sin duda alguna llama más la atención la figura del dandi amanerado, esnobista y contestatario que, en honor a la verdad, él mismo cultivó; o cause más polémica la ironía y aparente trivialidad con la que se refería a algunos temas. Olvidamos o ignoramos que “Valdelomar hace teatro para los que le hacen teatro, para los que le miran mal”, como escribiría Luis Alberto Sánchez, en abril de 1918, en *La Crónica*² de Lima (en Silva-Santisteban, 2000, p. 347).

El centenario de su muerte enmarca el escenario para que esa vigencia y actualidad se transformen en un auténtico y renovado interés por el autor y su obra, valorándolo en toda su dimensión y dejando atrás la superficialidad con la que hasta hoy lo conocemos, pese a los no pocos esfuerzos de investigadores y editoriales.

Sobre el aristocrático seudónimo que adoptó a su retorno al Perú, existen razones fundadas para creer que la decisión de Valdelomar se debió a un gesto de admiración hacia Pedro Fernández de Castro

² Hemos decidido mantener la información consignada por Silva-Santisteban, a pesar que el artículo de Luis A. Sánchez fue publicado en el diario *El Tiempo*. Así lo manifiesta el mismo Sánchez (1983) en una selección póstuma de cuentos de Valdelomar: “Yo acababa de estrenarme como crítico con un artículo acerca de *El Caballero Carmelo*, publicado en *El Tiempo* (no en *La Crónica*, querido Mario Castro), el 18 de abril de 1918” (p. 12). La información se ha verificado revisando las ediciones de *La Crónica* de marzo a julio de aquel año, confirmando lo expresado por Sánchez.

y Andrade, el gran *Conde de Lemos*, más que a una simple muestra de extravagancia o provocación o, como señalan algunos, la evocación del virreinato peruano.

Pedro Fernández de Castro, además de ser presidente del Consejo Supremo de Italia y del Consejo de Indias, había sido virrey de Nápoles entre 1610 y 1616, donde apoyó y participó en iniciativas culturales y fue benefactor de escritores (Cervantes le dedica la segunda parte del Quijote. Abraham Valdelomar pasó unas semanas en esa ciudad. Tal vez pudo consultar además un libro publicado entonces sobre el mecenazgo del conde (Villena, 1911).

Pisco, adorado y adorable poema

“En un país llamado Ica, alumbrado todo el año por el milagro de un sol esplendoroso” (Xammar 1940, p. 9), nació Pedro Abraham Valdelomar Pinto en el año 1888, en el Perú de la posguerra. Tan solo cinco años habían pasado desde la derrota frente al vecino país del sur, con las ciudades de Tacna y Arica cautivas, y un tratado controversial que mantendría abiertas las heridas de la patria, lo que calaría hondamente en la formación del joven escritor.

Esto, probablemente, se acentuaría por las condiciones particulares de su entorno familiar: numeroso y de escasa economía. Sus cuatro hermanos mayores –José (1873), Roberto (1876), Ana (1878) y Anfiloquio (1879)– habían nacido poco antes de la guerra; y, junto a su madre, fueron testigos del enfrentamiento con Chile, que incluyó la invasión a Ica y a otras ciudades del sur; en tanto que su padre participaba en la defensa de Lima. Sus otros hermanos nacerían después del conflicto.

En 1892, la familia de Abraham Valdelomar se trasladó a Pisco, que se convertiría en la ciudad más amada por el autor, como lo demuestran algunos de sus escritos, donde llegaría a expresar:

Yo soy aldeano. Nací y me crie en la aldea, a orillas del mar [...] No me eduqué con libros, sino con crepúsculos. Mi profesor de Religión fue mi madre y lo fue después el firmamento. Mis maestros de estética fueron el paisaje y el mar; mi libro de Moral fue la aldehuela de San Andrés de los Pescadores, y mi única filosofía la que me enseñara el cementerio de mi pueblo (Valdelomar, 1986, pp. 11-12).

El escritor tenía cuatro años cuando su padre consiguió trabajo como empleado de aduana, y su infancia transcurría en su *aldea encantada*³ que, tiempo después, inmortalizaría en algunas de sus obras. El puerto de Pisco aparece “como una mansísima aldea, cuya belleza serena y extraña acrecentaba el mar”, un lugar donde el escritor lo amaba todo y lo recordaba “porque allí todo era bello y memorable” (en Ortega, 1966, p. 82).⁴ Allí vivirá la familia Valdelomar Pinto hasta 1899, año en que debe establecerse en la ciudad de Chíncha. Pero no por mucho tiempo para Abraham, ya que al año siguiente viajaría a Lima para iniciar sus estudios secundarios en el colegio nacional Nuestra Señora de Guadalupe, los que concluirá en 1904.

Había terminado el periodo de la reconstrucción nacional, por lo que su infancia y adolescencia –hasta su temprana muerte a los 31 años de edad– transcurrirán en el Perú de lo que Basadre llamó la república aristocrática, etapa que definió Enrique Chirinos Soto (1991) como “el más prolongado esfuerzo que se ha intentado en el Perú para vivir en el respeto de la ley y con libertades públicas prácticamente irrestrictas” (p. 79).

Nada poseo

Sobre la faceta del Valdelomar universitario, se han vertido muchas opiniones que merecen un estudio más serio, considerando también los hallazgos de los últimos años. Ciertamente, él jamás ocultó su falta de formación universitaria y, aunque en la mayoría de oportunidades abordó el tema con jactancia e ironía, lo más probable es que fuera, sino la más grande, una de las mayores frustraciones de su vida, como lo manifestaría en algunas de sus conferencias:

Bien sabéis, señores, que no tengo título alguno que exhibir para justificar estas generosidades. La misma humildad de mi persona comprueba vuestra liberal actitud, al recibir en el más alto templo intelectual del

³ En recuerdo a Valdelomar y al puerto de Pisco, el también poeta iqueño J. Alberto Ormeño (1928) escribiría pocos años después: “Y entonces, yo siento que me besa en el alma, muy largo, muy dulce y muy hondo el espíritu vivo y celeste del (CONDE DE LEMOS) quien navega ¡sabe Dios! con qué rumbo en cuyas playas tranquilas y ardientes transcurrió la infancia pensativa y doliente de ABRAHAM VALDELOMAR” (pp. 73-74).

⁴ Ver más ejemplos en Ángeles (1985, p. 150).

Cusco a quien no tiene ni título académico, ni una cultura sólida, ni una obra concreta (en Ángeles, 1985, p. 98).

Manuel Miguel de Priego (2000), en la más completa biografía sobre Valdelomar, escribirá de forma escueta: “Al concluir 1905, el joven Abraham no había aprobado los cinco cursos correspondientes al primer año de Letras en San Marcos y, en la práctica, abandonó los estudios universitarios” (p. 70). Efectivamente, en 1905, Valdelomar se inscribe en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, interrumpiendo sus estudios, aunque retomándolos sin éxito a partir de 1910. Pero en un artículo posterior titulado *El sanmarquino Abraham Valdelomar*, De Priego (2001) nos ofrece más detalles:

Cinco veces se matriculó Abraham Valdelomar en el primer año de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1905: abril; 1910: julio; 1911 abril; 1912: mayo; 1913). En cada diciembre apenas queda huella de alguna nota en los registros de la asistencia, del cumplimiento de los trabajos encomendados por la cátedra y de los calificativos. Valdelomar no completó nunca un año de estudios en San Marcos (párr. 1).

En 1906, su ingreso a la Escuela de Ingeniería coincidió con el inicio de su etapa como dibujante para diversas publicaciones como *Aplausos y silbidos*, *Siluetas*, *Actualidades*, *Monos y Monadas*, *Cinema*, *Gil Blas*, y la aparición de sus primeros poemas. Contrastando con su faceta universitaria, constantemente interrumpida y nunca finalizada, su vasta producción literaria solo se detendría con su muerte.

Tomando como referencia la cronología elaborada por Ricardo Silva-Santisteban, las obras de Valdelomar empezarán a ser reconocidas formalmente a partir de 1910, con la medalla que le otorgó la Municipalidad de Lima por su serie de crónicas titulada *Con la argelina al viento*, en donde narra su experiencia como soldado de reserva del batallón universitario durante el conflicto bélico contra Ecuador en ese mismo año.⁵ Abraham Valdelomar Pinto fue un artista no solo polémico

⁵ En 1913, obtiene el primer puesto en el concurso del diario *La Nación* con su cuento *El caballero Carmelo* y, en 1917, su *Ensayo sobre la psicología del gallinazo* obtiene el primer premio Presidente de la República del Círculo de Periodistas; mientras su artículo *La triste poesía de la miseria* también obtiene el primer premio Ateneo de Lima, ambos en el mes de abril.

y discutido, sino también multifacético y prolífico, sobre quien Luis Alberto Sánchez testimonió:

Ha ensayado mil géneros, mil orientaciones. Ha sido poeta, historiador, dibujante, periodista, cuentero, positivista y místico, ingenuo y pervertido, sencillo y complicado, orgulloso y humilde, intensivo, dandy, sincero, teatral y loco. Incomprensible como una orquestación wagneriana (en Silva-Santisteban, 2000, p. 348).

Razones no le faltaban para definirlo así. Valdelomar, que se había iniciado como dibujante para revistas de la capital, se desempeñaría después como cronista parlamentario, reportero, ensayista y dramaturgo. Hizo política sin ser político. Paradójicamente él, que representaba una tendencia, un ideal de “patriotismo, de honradez y esperanza”, apoyó dos gobiernos populistas que terminaron siendo derrocados. Uno fue el de Billinghurst, desde su campaña en 1912, cuya destitución Valdelomar lamentaría sinceramente en 1914, como lo demuestra su inmediata renuncia al cargo de secretario de la legación peruana. El otro fue la renuncia de su padre, Anfiloquio Valdelomar, a la dirección del panóptico, lo que se evidencia en dos cartas remitidas a su madre desde Italia, el 6 y 17 de febrero de 1914, respectivamente:

Como comprenderás lo primero que hice fue renunciar irrevocablemente (a) mi puesto pues no cometeré la ignominia de servir al lado de quien ha traicionado a mi amigo (en Sánchez, 1987, p. 131).

No quiero ponerme en el caso de que, estando preso el presidente, mi papá haya quedado al frente del panóptico. Muéranse de hambre, pero sean leales. Es lo que tú me has enseñado toda la vida (en Silva-Santisteban, 2000, p. 159).

Una vez que retornó al Perú, convertido en el Conde de Lemos, su crítica al nuevo gobierno de Óscar Benavides no se hizo esperar, principalmente a través de sus *Cuentos chinos*. El derrocamiento de Leguía, no llegaría a verlo, pues este se produciría once años después de su muerte.

En cuanto a su paso por Europa, diremos que fue breve pero intenso y, aunque el Viejo Continente impresionó al escritor, la separación del Perú la sentiría hondamente, como le confesaría por correspondencia a su gran amigo, el poeta Enrique Bustamante y Ballivián:

Sin teatro y sin pose puedo decirle a usted que Europa es muy linda cosa. Se cultiva uno en menos tiempo que el que en el Perú se necesita para llegar a ser presidente; ¡pero el recuerdo de la tierra lejana es tan lacerante, se siente uno tan lejos de los suyos, extrañase tanto el cielo, el mar, la tierra, los árboles, hasta la gente de la tierra! (en Sánchez, 1987, p. 126).

Es innegable que en Italia fue perfeccionándose la etapa más notable de Valdelomar. En Roma, empieza a escribir su novela incaica y algunos cuentos como *El buque negro*, *El vuelo de los cóndores* y *El caballero Carmelo* que, en sus propias palabras, “a pesar del entusiasmo de la crítica, es lo que menos vale de mis obras” (en Silva-Santisteban, 2000, p. 369). Probablemente, en la temporada en la que vivió en Europa germinó la idea de *Colónida* en cuyas páginas, “llenas de amor patrio, colaboraron poetas y escritores de Lima, como de Arequipa, Trujillo, Puno, Cusco e Ica” (Chauca, 1988, p. 225). De esta revista se publicaron únicamente cuatro números en 1916, pero su esencia seguiría latente en los proyectos de Valdelomar:

Es necesario, pues, una agrupación de lo mejor del país [...], que, sintetizando las mayores energías nacionales, imponga una nueva y más pura orientación intelectual [...]. Tal es mi propósito, y tal es uno de los motivos de mi gira por toda la República. Formar una especie de federación intelectual con los mejores elementos de todo el Perú; y publicar una revista, órgano de esta nueva fuerza espiritual, que acaso sea la misma *Colónida* (en Silva-Santisteban, 2000, p. 326).

Estuardo Núñez (1970) resume su legado como una “obra intensa y extensa la de Valdelomar. Intensa por lo febril, incesante, persistente e indesmayable, volcada en diversos géneros, con premura inexplicable, sin borradores ni correcciones, brindada a la imprenta como salían de la pluma” (p. 19).

La voz de una quena

Muchos interpretaron que el objetivo de sus conferencias, iniciadas en 1918, perseguía un afán de lucro o escondía fines políticos. En una carta escrita en Pisco, el 10 de agosto de 1919, Valdelomar le confesaría a su madre: “A mí me convendría extraordinariamente ser el diputado regional porque eso me serviría para otras cosas” (en Silva-Santisteban,

2000, p. 430), cargo que alcanzaría representando a Ica en las elecciones de ese mes.

Esta frase se ha tomado en más de una ocasión para formular conclusiones apresuradas sobre las intenciones de Valdelomar –pese a que todo parece indicar que desde su regreso al Perú, sus ambiciones no eran precisamente políticas, sino literarias–; además, su candidatura recién se formalizaría públicamente en vísperas de las elecciones para el Congreso Nacional –como lo consignaría el diario iqueño *La Voz de Ica* el 20 de agosto de 1919, reseñando una conferencia del escritor en el distrito de Los Molinos el día anterior⁶–, y haciéndose formalmente pública en la portada del citado diario en la edición del sábado 23 del mismo mes (en las ediciones del jueves 21 y viernes 22 de agosto, tan solo aparecen las candidaturas –afines al gobierno de Leguía– de Dálmace Tolmos, para senador, y Ricardo Caso, para la diputación nacional).⁷

Imagen n.º 1.

La voz de Ica. Viernes 22 de agosto de 1919



⁶ “En las últimas horas de la tarde de ayer se dirigió Abraham Valdelomar a Los Molinos (...), con el fin de ofrecer en ese distrito una conferencia que horas después tuvo lugar, en público. Y ante numeroso auditorio que aplaudió al orador con entusiasmo. [...] Como se sabe, Valdelomar es uno de los candidatos que persigue la diputación regional por esta provincia, lanzada por una agrupación de obreros y jóvenes de esta ciudad” (*La Voz de Ica*, 20 de agosto de 1919, p. 3).

⁷ *La Voz de Ica*, 23 de agosto de 1919, p. 1.

Imagen n.º 2.
La voz de Ica. Sábado 23 de agosto de 1919



El propio escritor también expresaría su poco interés político en una de sus conferencias en el Cusco:

Al conocerse la proximidad de mi viaje a esta ilustre capital legendaria, no faltaron gentes de limitado criterio, que atribuyeran un fin político a esta embajada. Es política esa misión, si se entiende por política a la ciencia fundamental de educar a un pueblo y de cimentar las bases de su grandeza material y moral; es política esta embajada, en cuanto tiene la política de idealista [...], de educador y de doctrinario, en cuanto es contribución social y enaltecedora (Chauca, 1988, pp. 161-163).

En la revista *Varietades*, también comentaría al respecto: “Cuando sepáis, ¡oh vosotros que preguntáis por qué se viaja, y se va, y se cambia y se enseña y se apostoliza, y se llora y se canta! Cuando sepáis darle todo su valor a esta palabra de ocho letras: Angustia. Cuando sepáis darle su justo valor a esta palabra de seis: Patria. Cuando sepáis el sentido exacto de estotra (*sic*) de cuatro: Arte” (*Varietades*, 1918, p. 1156).

Imagen n.º 3

Abraham Valdelomar en Huaura, con un grupo de estudiantes de las escuelas fiscales del lugar, para quienes pronunció, en una conferencia patriótica, su famosa *Oración a San Martín*, en diciembre de 1917.



Fuente: *Variedades*: 1917: 1311.

Las conferencias, además, eran en su mayoría, gratuitas. Valdelomar insistió en su carácter esencialmente patriótico, lo que solo podría lograrse llegando a la mayor cantidad de audiencia posible: “su auditorio más querido, es un auditorio popular, al que prefería y consideraba suyo, con más intacta exclusividad” (Xammar, 1940, p. 76).

César Ángeles Caballero (1982), infatigable divulgador de la obra del autor iqueño, expresó acerca de nuestro autor: “Valdelomar es uno de los escritores peruanos que con mayor aliento pedagógico y más alturada intención didáctica ha definido el concepto de Patria” (p. 14).⁸ Las conferencias para los niños de escuelas, y las destinadas para los obreros, maestros y artesanos fueron gratuitas. Por su parte, las conferencias para

⁸ Ver también Ángeles (1962 y 1985).

el público en general sí eran pagadas, lo que en parte servía para sufragar los gastos que implicaba su peregrinación por diversas ciudades del Perú. En cuanto al “repertorio temático de las conferencias, se desarrolló en asuntos estéticos, religiosos y patrióticos”⁹ (Ángeles, 1962, p. 35).

Su retorno a la escena política se fraguaría con poca anticipación a la convocatoria para representantes de los congresos regionales, como se destaca en la conferencia ofrecida en Pisco, algo distinta de las pronunciadas en la ciudad imperial: “Puede morir cuanto hay en mí de pasajero y de mortal, pero la idea, mi idea, nuestra idea [...], la Patria Nueva, esa patria cuya silueta aparece ya en el horizonte brumoso [...], eso no perece, eso es inmortal” (en Sánchez, 1987, p. 389).

A Abraham Valdelomar se le ha adjudicado desde hace muchos años el popular aforismo: “El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión es el Palais Concert y el Palais Concert soy yo”. Sea que la frase le pertenezca o no, “el Perú no es Lima, ni se parece a Lima”, comentaría el mismo autor en un reportaje, anunciando que su gira revelaría a sus compatriotas “un país nuevo, desconocido, muy distinto del que aquí sospechamos” (en Silva-Santisteban, 2000, p. 405).

Al planear su itinerario norteño, sueña con llegar a Ecuador y, posteriormente, dirigirse a Chile: “En Antofagasta tengo contratada una conferencia y de allí pasaré a Valparaíso y Santiago, donde tengo grandes amigos y vehementes admiradores” (en Silva-Santisteban, 2000, p. 369). Su anhelo de viajar a Ecuador y a Chile y, posteriormente, a Bolivia no llegaría a concretarse; pero el interés de incluir a otros países en su peregrinación, además del contenido de muchas de sus disertaciones y su epistolario, nos confirman que el nacionalismo de Valdelomar no era obtuso ni recalcitrante; tampoco que su cruzada patriótica tuviese un carácter disgregador ni xenófobo, o que convocase a la insurgencia o a la revolución.

⁹ Líneas después, César Ángeles Caballero realiza una clasificación más detallada, dividiendo los temas en patrióticos, instructivos, religiosos, estéticos, obreriles y literarios; clasificación que conservará al publicar las conferencias de Abraham Valdelomar (Ángeles, 1982). Muchas de esas conferencias se publicaron con anterioridad en un número especial de la revista de la Biblioteca Nacional, editadas y prologadas por Estuardo Núñez (Valdelomar, 1965).

Con relación a ese punto, Mariátegui subestima a Valdelomar, al señalar que “habría llegado a amar el socialismo” (Mariátegui, 2007, p. 237). Dicha afirmación está muy lejos del pensamiento del escritor iqueño. Sus viajes por diversas ciudades no tuvieron como finalidad acabar con la propiedad privada y sustituirla con la colectiva.¹⁰ Su preocupación por la gente humilde y sencilla –que no es una virtud exclusiva del socialismo– sí parece genuina, pero también lo es su interés por la llamada clase media, lo que se evidencia no solo en su literatura, como erradamente lo creyó Mariátegui, sino en diversos pasajes de su vida.

En parte de su epistolario, además de percibirse a un hombre de arraigada fe –especialmente en la correspondencia que mantiene con Carolina Pinto, su madre–, se vislumbra su gran preocupación por los temas sociales¹¹ y su anhelo de la fecundación de una patria nueva; de allí su inquietud por los obreros, artesanos, maestros y niños. “Quería, además, conocer de modo inmediato la realidad de las provincias más alejadas y comunicarles algo de lo que él llevaba dentro” (Cheesman, 1973, p. 10). En sus disertaciones o conferencias, el mensaje que comparte con maestros, artesanos, obreros, etc., muestra una postura más cercana

¹⁰ Sobre este punto, Rubén Chauca Arriarán (1988), también muestra una postura muy esclarecedora sobre el legado de Valdelomar: “Quiero dejar constancia de mi profunda convicción de que la lectura de las obras de Valdelomar tienen la virtud de modelar el alma de la juventud en cuanto a la concepción de la vida, de la belleza, de la virtud, del amor, del sentimiento patriótico, del valor de la solidaridad humana, del deseo de superación, etc., que los aleja de la concepción del odio, la venganza y de los sentimientos más morbosos de la destrucción y de la muerte, que en forma irresponsable tratan de inculcar falsos apóstoles bajo la engañosa capa de las reivindicaciones sociales” (p. 8).

¹¹ “Pero echad la mirada a esas pobres poblaciones de la sierra [...], donde la instrucción es casi nula porque el Estado no se ocupa de ella, donde las enfermedades van despoblando a las pequeñas aldeas y a las grandes ciudades [...]; donde los hombres son como bestias de carga y viven en la noche de la más terrible ignorancia [...]. (en Ángeles, 1985, p. 127). Irónicamente, el traslado de su cadáver –enterrado provisionalmente en Ayacucho–, y realizado en dos etapas: trece días “a lomo de hombre”, con dieciséis cargadores hasta Huancayo, y de allí en tren, a la capital, fue el cierre de aquella peregrinación –iniciada extraoficialmente a fines de 1917 en Huaura, frente a un grupo de estudiantes de escuelas fiscales para quienes declamó su recordada “Oración a San Martín”–, reivindicando, incluso con su muerte, la necesidad de descentralización y mejor distribución de la riqueza.

a las enseñanzas evangélicas que al ideario socialista del autor de la revista *Amauta*.¹²

Sobre la escuela, Valdelomar expuso que “si la misión de instruir exige condiciones físicas y morales de excepción, la misión de educar es ya un apostolado indiscutible. No solo debéis hacer hombres letrados, tenéis una más pesada obligación, la de formar ciudadanos” (en *Colónida*, 1989, p. 10).¹³ En este sentido será firme en sus convicciones positivas:

Los enemigos capitales del Perú son el analfabetismo, el alcohol, la ignorancia y la política. Tenemos tres millones de hombres que no pueden ser ciudadanos porque no saben leer ni escribir, ni tienen idea de patria ni de sus deberes y derechos; luchemos por desterrar el vicio, por extender la instrucción, por tener hábitos de trabajo. A nosotros, los obreros del pensamiento y a vosotros, los obreros de la acción, nos toca salvar al país (en De Priego, 2000, p. 402).

Acerca del trabajo, Valdelomar exhortó a su público en un tono lleno de patriotismo llamando a la unión y a la solidaridad, para levantar el país de sus ruinas:

Echad la mirada a esas pobres poblaciones de la sierra, donde la civilización apenas asoma su radiante aurora, donde las autoridades son terribles tiranos y sanguinarios verdugos, donde la instrucción es casi nula porque el Estado no se ocupa de ella (Valdelomar, 1965, pp. 73-74).¹⁴

Abraham Valdelomar tenía la convicción de que la juventud sería un eslabón importante en el desarrollo del país, pero una juventud

¹² “A muchas personas de las diversas localidades que he recorrido, les sorprendió que mis conferencias no tuvieran un fin político y que yo no estuviera sobornado por un personaje político. Tan envilecidos estamos en el Perú [...] que ya no se concibe entre nosotros que un hombre joven, lleno de ilusiones, optimista y luchados, sea capaz de sacrificarse y sufrir terribles amarguras.” (Valdelomar, 2001, p. 465).

¹³ En otro lugar desarrolla ese argumento diciendo que ellos serán “discípulos del bien, soldados del ideal, acólitos de la belleza” (Valdelomar, 1965, p. 76). También en Ángeles (1985, p. 133).

¹⁴ En otro lugar expresará su preocupación por los migrantes: “En nombre de esos vientres fecundos que conciben en el destierro y en la esclavitud; en nombre de esas familias peruanas condenadas a una vida errante, sin pan seguro, sin hogar estable, sin porvenir sonriente, condenados a una perpetua peregrinación” (en Pinto, 1991, p. 114).

apropiadamente educada: “Bien sabe la juventud cómo puede trabajar por su resurgimiento. Bien sabe que es preciso sembrar ideas, educar pueblos, formar ciudadanos, organizar y unir a los dispersos, convencer a los pesimistas” (Valdelomar, 1965, p. 43). En cuanto a la educación peruana, su percepción sobre la educación elemental y universitaria era negativa, y se adelanta a su tiempo haciendo un diagnóstico crítico de la función que venía cumpliendo la universidad:

La adquisición de conocimientos no debe ser el ideal, debe ser, simplemente, uno de sus factores. Precisa, para que la escuela cumpla con su alta misión social y moderna, que ella esté encauzada hacia un ideal, supremo y concreto; que ella trabaje por la orientación moral del individuo, por la formación de su conciencia; por el encauzamiento fundamental de los espíritus hacia el bien (Valdelomar, 1965, p. 76).

Aproximadamente, una década después, José Ortega y Gasset, en *La Misión de la Universidad* (1960), sostendría un argumento que, sin saberlo, complementaría el discurso del escritor peruano:

En la organización de la enseñanza superior, en la construcción de la Universidad hay que partir del estudiante, no del saber ni del profesor. La Universidad tiene que ser la proyección institucional del estudiante, cuyas dos dimensiones esenciales son: uno, lo que él es: escasez de su facultad adquisitiva del saber; otra, lo que él necesita saber para vivir (p. 33).

Acerca de la identidad nacional de Valdelomar, no es contradictoria su evocación al pasado andino, que considera glorioso, como también su reconocimiento al legado de la presencia hispánica en el Perú, lo que se manifiesta claramente en la elección de su seudónimo: el Conde de Lemos; así como en el discurso pronunciado en Catacaos, celebrando la fiesta de la Raza, el 12 de octubre:

España nos dio los dones de una primavera espiritual. Nos dio el ideal, la suprema juventud de la vida; nos dio la religión, el ideal del espíritu, nos dio el idioma que nos enorgullece. [...] Para no amar a España, sería menester extraer la sangre española de las venas, sería menester arrancarse la lengua que musita su dulce, viril, armonioso y solemne idioma; sería menester, para no amar a España, arrancarse del espíritu la virtud de la caballerosidad, borrar de la historia el heroísmo de nuestros grandes hombres; borrar de nuestros corazones las creencias religiosas; borrar de

nuestros músculos, el innato valor, el ingénito heroísmo (Silva-Santisteban 2001, pp. 432-434).¹⁵

Para Abraham Valdelomar, nuestra separación de España habría sido el origen de los problemas del país; por tanto, había que evitar su prolongación y acabar con el centralismo. Consciente de que ello implicaba forjar un ideario nacional sobre la base de la cultura y la educación, en el norte y en el sur, proclamó: “Hagamos una Patria Nueva, un país fuerte, una nacionalidad vigorosa” (cit. Ángeles 1985, p. 109). Que sea ese, ahora, nuestro derrotero, sin olvidar que tras esas líneas se revela la figura de un hombre que amó profundamente al Perú: “Patria: divina y desconocida palabra” (Valdelomar, 1970, p. 27).

Bibliografía

- Ángeles Caballero, C. (1962). *Valdelomar, conferenciante*. Ica: Universidad Nacional San Luis Gonzaga.
- (1982). *Valdelomar íntimo*. Ica: Universidad Nacional San Luis Gonzaga.
- (1985). *Las conferencias de Abraham Valdelomar*. Lima: Editorial San Marcos.
- Chauca, R. (1985). *Abraham Valdelomar. Vida y obra*. Ica: Navarrete.
- Cheesman, J. E. (1973). *Valdelomar en Piura*. Lima: Universidad de Piura.
- Chirinos, E. (1991). *Historia de la República*. Tomo I. Lima: Edición del autor.
- Contreras, C. y Cueto, M. (2017). *Historia del Perú Contemporáneo. Desde las luchas por la Independencia hasta el presente*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- De Priego, M. (2000). *Valdelomar, el conde plebeyo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- (2001). “El sanmarquino Abraham Valdelomar”. *Boletín cultural de la Sociedad Peruana de Cardiología*. Vol. 2, n. 2. Recuperado de http://sisbib.unmsm.edu.pe/bvrevistas/cardiologia/v02_n2/Valdelomar.htm

¹⁵ También reafirma en Belmonte, *el trágico*, su indiscutible admiración por la *madre patria*: “Antes de cerrar este capítulo quiero dejar constancia de mi amor sincero y hondo por España. Al hablar incidentalmente y con toda justicia de algunos aspectos de la mentalidad española, no he querido referirme sino a determinadas modalidades de ese gran pueblo. A pesar de la torpeza la ignorancia y el desdén con que ciertos españoles se refieren a América, nosotros amamos y seguimos con interés la vida de la antigua metrópoli de la cual vinieron los abuelos, las nobles virtudes, el amor al ideal, el ánimo caballeresco, la religión, el idioma y tantas cosas grandes que forman el fondo de la raza de Rodrigo de Vivar y Alonso Quijano” (Valdelomar, 1918, pp. 65-66).

- Mariátegui, J. C. (2007). *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Núñez, E. (1970). "Al medio siglo de la muerte de Valdelomar." *Boletín de la Biblioteca Nacional*, 53 y 54, pp. 18-20.
- Ormeño, J. A. (1928). *Los rumores del silencio*. Sicuani: Editorial KUNTUR.
- Ortega y Gasset, J. (1960). *Misión de la Universidad*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega, J. (1966). *Valdelomar. Antología*. Lima: Universitaria.
- Pinto, I. (1991). *Valdelomar en Moquegua. Retrato de una ciudad*. Lima: El Virrey.
- Polo, L. (1998). *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*. Madrid: Rialp.
- Sánchez, L. A. (1987). *Valdelomar o la "belle époque"*. Lima: INPROPESA.
- Silva-Santisteban, R. (2000). *Valdelomar por él mismo* (2 vols.). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Valdelomar, A. (1918). *Belmonte, el trágico: Ensayo de una estética futura, a través de un arte nuevo*. Lima: Tip. y Encuadernación de la Penitenciaría.
- (1965). *Disertaciones cívicas y estéticas*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- (1983). *El caballero Carmelo. Los hijos del sol*. Lima: PEISA.
- (1986). *La ciudad de los típicos. El caballero Carmelo y otros cuentos*. Lima: PEISA.
- (2001). *Obras completas* (4 vols.). Lima: COPÉ.
- Villena, A. de (1911). *El Conde de Lemos. Un mecenas del siglo XVII*. Madrid: Francisco Beltrán.
- Xammar, L. F. (1940). *Valdelomar: signo*. Lima: Ediciones SPHINX.

Fuentes

- Colónida. Revista de la Universidad Nacional "San Luis Gonzaga" de Ica*. Año III. Enero de 1989. N° 4.
- Diario *La Voz de Ica*. Años 1918-1919.
- Diario *La Crónica*. De enero a julio de 1918.
- Revista *Varietades* (1917). "Una interesante conferencia patriótica en la histórica ciudad de Huaura." N° 512.
- Revista *Varietades* (1918). "El viaje de Valdelomar por el norte del Perú". N° 562.